

mento constitutivo para levantar el nuevo edificio, y lo llevan hasta el lamentable extremo del libertinage, precipitando así á la sociedad en la pendiente de una licencia sin freno: y otros, espantados y con sobrada razon de los horrores de una libertad mal entendida, han creído atrincherarse en el principio de la autoridad; pero excluyendo de tal modo el principio de la libertad, que si los primeros han hecho precipitar á la sociedad en la pendiente escabrosa del desenfreno, los segundos encallan la nave del Estado en una inaccion que pronto puede ceder en la tiranía del despotismo. Y vacilando así la sociedad, entre dos extremos igualmente funestos, no ha dado un paso en el camino de su perfectibilidad para llegar al término de sus deseos, y ántes cada dia se alejaba mas de aquel punto donde el horizonte apenas se entreabre para poner á su vista fatigada el punto luminoso de su felicidad.

Al escribirse en 1856 la Historia de la revolucion de Ayutla, que es el período histórico que ya vamos á tocar, la pluma que la trazó comenzó por escribir estos párrafos que copio porque ellos concurren á demostrar en su fondo el mismo juicio con que me ha parecido conveniente encabezar el presente tomo; y digo que en su fondo, porque en el modo de apreciar la libertad consiste la diferencia que hay entre la escuela liberal á que pertenece el autor de las líneas insertas y la católica que es la del autor de esta obra.

«Las revoluciones de México, como todas las del mundo en el siglo actual, tienen por causa la exageracion de los principios políticos. Hijas de esa lucha encarnizada que entre sí sostienen los hombres del pasado y los hombres del porvenir, ya dan por resultado la opresion del pensamiento amarrándole sin piedad á la cadena de las tradiciones, ya producen esos deplorables extravíos de la

razon, que manchan la historia de las sociedades modernas dejando sin freno ni valladar á las pasiones humanas.

«Nada mas glorioso para la humanidad, que el empeño de sacudir trabas inútiles, para lanzarse libre y resuelta en el camino de su perfeccion: nada mas justo ni mas prudente que buscar en lo pasado las raices del porvenir, para que no falte la base al nuevo edificio que se levanta. Pero el principio de libertad que invocan los que defienden lo primero y el principio de orden que es la enseña de los que hacen lo segundo, han sido alternativamente exagerados por ambos partidos, convirtiendo unos al orden en instrumento de absurdas tiranías, y erigiendo otros á la libertad en protectora de atroces libertinages.

«En la conciliacion de estos dos principios estriba, sin embargo, toda la perfeccion de los sistemas de gobierno; y á este gran bien aspiran las modernas sociedades en medio de esas agitaciones terribles que revelan su ansia de mejoras, de bienestar y perfeccionamiento. Si no hay todavía un pueblo en la tierra, que haya alcanzado tan precioso bien, débese á las exageraciones: los partidarios del orden no aciertan á sostenerle sin cerrar la puerta á todas las esperanzas del porvenir: los partidarios de la libertad no saben elogiarla sin borrar todos los recuerdos de lo pasado: y de aquí esas interminables luchas y esas represalias sangrientas, que por la inevitable ley de las reacciones, han convertido á cada país en un campo de batalla, donde unos á otros se destrozan sus hijos.

«Sin duda están en los designios de la Providencia conceder este beneficio al linage humano: cuando tan claramente se le ha revelado á su entendimiento, y tan ardentemente se hace desear á su corazon; cuando permite que por él se derramen tanta sangre y tantas lágrimas; y cuando debiendo ser este el mas precioso fruto de la civilizacion moderna, ha querido que esta desarrolle ante nues-

tro siglo asombrado, todas sus maravillas. La mayor de todas será esta: obra del trabajo y de la filosofía, su consecuencia no puede hacerse esperar mucho tiempo, puesto que ha costado ya medio siglo de afanes y dolores, y que ha valido mas que veinte siglos para la verdadera filosofía, este período de tremendos desengaños.

«México tomó parte desde que se hizo independiente, en esta lucha universal, y no es por desgracia entre las naciones la que ménos ha sufrido sus estragos. En toda su historia se echa de ver palpablemente, que la exageración de principios es la causa de las revoluciones; pero nunca tal vez se ha puesto en tanta evidencia esta verdad como en el período cuyos acontecimientos vamos á escribir.»

Aquí empezamos á ver ya una de las causas de la revolución; que sin embargo de ser la principal, no es una causa propia y exclusiva de nuestras revoluciones; pues esta causa es la causa general de los trastornos que en todos tiempos han conmovido á las sociedades, que han ido apareciendo sucesivamente en todos los siglos.

Si pasamos revista á todos los pueblos que han ido inscribiendo sus nombres en la historia, ese gran registro de la humanidad, hallamos: que las primeras sociedades que se elevaron á una altura digna de llamar la atención, fueron los pueblos del Oriente; y tanto se exageró en ellos el principio de la autoridad, que al fin pesó sobre su cerviz como un yugo insoportable, que los hizo bajar su cabeza hasta el polvo de una condicion la mas abyecta de cuantas se registraban en las páginas de la historia. Y cuando en el Oriente bajaba así el termómetro de la dignidad humana, en Grecia empezaron á florecer sus filósofos y legisladores, que buscando una áncora de salvacion para el abatimiento del espíritu humano, vislumbraron el principio de la libertad. En él hallaron un rival digno que

oponer al principio tiránico de los déspotas orientales; pero queriendo hacer una exclusion completa del principio de la autoridad, quitaron el freno á la libertad humana; y si en el Oriente cayó la humanidad en el polvo de la abyeccion avasallada por el despotismo, en Grecia se precipitó en el fango de la corrupcion, aguijoneada por una libertad que sin el freno de la autoridad, extragó las costumbres generales, y acabó por hacer que un pueblo libre fuera esclavo de la misma libertad: este principio fué al mismo tiempo el que le servia de corona como rey y de pesadas cadenas de servidumbre como esclavo.

Cuando así se perdía la civilizacion griega en aquel fango corrompido de su libertinage, y la de los imperios de Oriente se aletargaba al peso de la humillacion con que le daba muerte la tiranía, se levantaba en Roma el pueblo que habia de ser grande, dando hospitalidad en su seno á las civilizaciones desterradas del esclavizado Oriente y de la pervertida Grecia. Roma representó el principio de autoridad oriental en su famoso senado, la mas grande magistratura que ha empuñado en el mundo el cetro del poder puramente humano, porque á la vez enfrenaba las pasiones sin corromperlas y levantaba en alto la dignidad de la libertad humana sin desenfrenarla. Tambien representó el principio de la libertad griega en sus virtuosos tribunos y en sus austeros ciudadanos: y de estos dos principios que hasta entónces habian sido dos terribles rivales que se disputaban el dominio del mundo, hizo Roma dos hermanos, que en su feliz combinacion le dieron las virtudes con que asombró al mundo; y de sus virtudes fué de donde brotó el gigantesco poder con que llenó al mundo de asombro.

Pero Roma tan grande como fué, no tuvo sin embargo la base suficiente para asentar su grandeza en un imperio duradero. Ella no tenia de la verdad, sino aquellos

reflejos de la luz natural que conservaba la razon humana como despojos de la gran catástrofe de su caída en el Paraíso: y al esparcirse esta claridad, de lo mas alto del Capitolio sobre todos los pueblos, no fué bastante fuerte para rasgar las densas nubes que los cubrian como tenebrosa noche; y no partiendo esos rayos de un foco esencialmente luminoso, léjos de que Roma pudiera reflejar su luz sobre los demas pueblos, antes por el contrario, ellos apagaron aquella ténue claridad entre sus espesas tinieblas, que hicieron llegar hasta envolver con ellas la cabeza de la señora del mundo. Entónces tuvo lugar el fenómeno contrario. Así como Roma se elevó al impulso combinado de los dos principios de la autoridad y la libertad; así despues, pereció su grandeza al choque de estos dos principios que sacados de sus quicios, no fueron ya sino como dos mónstruos que encerraba en su seno y que desgarraron sus entrañas. Creciente siempre en su poder, no quiso empuñar el cetro de la justicia: y una vez que salvó esta barrera, necesitó para saciar su ambicion y su orgullo, blandir en una mano la espada de la tiranía y llevar en la otra las duras cadenas con que aherrojó á todos los pueblos cuyos derechos ya no respetaba, porque ya no los conocia. Y embriagada con los placeres de la libertad abandonó el camino de las austeras virtudes á quienes les debia su grandeza, para echarse en brazos del libertinage mas completo con que haya podido embajecerse la miseria humana.

El principio de autoridad dejó de estar representado en el augusto Senado; y se convirtió en el despotismo de los opresores del mundo. El principio de la libertad dejó de tener su asiento en el corazon de los ilustres ciudadanos, y pasó á convertirse en la abyeccion de un pueblo envilecido al peso de la corrupcion mas vergonzosa. De esta manera, la inteligencia ya no tuvo mas alimento

que los extravagantes sofismas de la Grecia; ni el corazon mas resorte que los infames placeres de los pueblos del Oriente. Entónces, al ímpetu de ese torrente, cayeron las puertas del hogar doméstico, rompiendo en su caída los vínculos de la familia: y sin esta base, la sociedad se desquició y vió devorar sus entrañas por las guerras civiles en que sintió las duras proscripciones de Sila y de Mario, las tempestuosas borrascas levantadas por Cesar y por Pompello, y las sangrientas convulsiones de la grandeza romana por la ambicion de Antonio, Lépido y Augusto, que fueron los que completaron la transicion á la tiranía de los emperadores mas sanguinarios. Y entónces fué, cuando cansado el mundo con el peso de aquella esclavitud tan sangrienta como insensata, levantó todos los brazos de sus pueblos, que, dándose un fuerte abrazo, estrecharon el cuello de aquel coloso y lo ahogaron en la misma sangre con que él habia anegado al mundo.

Allí habria perecido toda esperanza de salvacion para la humanidad en aquel espantoso cataclismo; pero para entónces ya estaba en pié el principio de la restauracion de la civilizacion universal. Precisamente en los momentos de mayor oscuridad para la razon humana, y de mas afrentosa abyeccion para el corazon del hombre, vino al mundo El anunciado por los profetas y El deseado de las naciones. Naciendo en un pesebre, hizo de aquel establo un trono de gloria, donde reunió en una comun adoracion de la Verdad hecha carne, á la humildad y sencillez de los pastores llevada allí por la voz de los ángeles que proclamaron la gloria de Dios en las alturas de los cielos y la paz en la tierra para los hombres de buena voluntad, y á la grandeza de los reyes del Oriente llamada por la voz de las profetas y guiados por la luz de una misteriosa estrella. Durante su enseñanza á las muchedumbres, sancionó el principio de la autoridad por medio

de la obediencia, mandando dar á Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar; y sublimó el principio de la libertad, en el conocimiento de la verdad haciendo aparecer en el horizonte de todas las sociedades su apacible aurora, en aquella expresion con que anunció la libertad de todos los pueblos. «Vosotros conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.» Y echando los sólidos fundamentos de la felicidad de las sociedades en la ley suavísima del amor que los individuos debían tenerse unos á otros, acabó su predicacion con la elocuente lógica del ejemplo, matando el orgullo con la humildad, alentando la flaqueza con la resignacion y enseñando el camino de la victoria con el espíritu de sacrificio: entónces tomó sobre sus hombros la Cruz de su afrentosa muerte y de su glorioso triunfo; y subiendo con ella la colina destinada para ser el ara del Sacrificio universal, abrió todas las venas de su sagrado cuerpo, y entre los raudales de su divina sangre, salieron los torrentes de luz y el bálsamo de la santificacion para purificar la humanidad que desde el Paraíso venia oscurecida por las tinieblas del orgullo y corrompida por la pestilente atmósfera de la sensualidad.

Entónces, del pié de aquel árbol sagrado que extendió sus brazos para cubrir con su refrigerante sombra á todos los pueblos de la tierra, partieron los conquistadores del mundo; pero no llevaban en su mano la espada que mata y la cadena que esclaviza, sino que iban armados en su boca con la palabra que vivifica y que da libertad al espíritu humano.

De suerte, que al caer hecho pedazos el gigantesco coloso del imperio romano, al impulso de todos los pueblos que habia abrumado con el peso de su despotismo, de entre aquellos mismos escombros surgió una nueva sociedad, en que felizmente iban combinados los principios de la

autoridad y de la libertad, y bajo su bienhechora influencia se obró la civilizacion con que se enorgulleció la Europa por muchos siglos.

En el siglo diez y seis le ocurrió á Lutero predicar su reforma en la que, cuanto se ensalzaba el principio de la libertad hasta el abuso mas criminal, tanto así se deprimia el principio de autoridad: por algun tiempo se luchó en la Europa, por estos dos principios. La Iglesia católica por medio de sus falanges que combatieron con tanta gloria en aquella lucha, hizo poderosos esfuerzos por hermanarlos, y en su combinacion estuvo la tabla que salvó á la sociedad del naufragio universal de que se vió amagada: y los reformistas, ayudados de los filósofos visionarios y de monarcas ciegos, trabajaron por hacer rivales á los dos principios hermanos, y al fin minaron de tal manera la sociedad, que á fines del siglo pasado la volaron en una explosion tremenda, que hizo caer confundidos en unas mismas ruinas, los tronos y los pueblos que en un momento de insensatez levantaron su mano sacrílega para derribar el sólio de la autoridad Divina, queriendo colocar en él á la extraviada libertad humana.

Los errores que resultaron de este extravío tan funesto de la razon, se extendieron por la Europa como una niebla tenebrosa y como una epidemia horrible, que en su contagio hizo innumerables víctimas en todos los pueblos.

A este tiempo México sacudia las cadenas de su dependencia con España; y al abrir sus puertas para recibir en sus brazos al huésped generoso de la libertad, dió tambien entrada á aquella libertad falsa, que venia de los escombros de la Europa; y que bajo el brillo de una lisonjera felicidad, ocultaba los miasmas pútridos de las doctrinas corrompidas, que no pueden dejar de ser un veneno esencialmente mortal para los pueblos que las acarician en un seno. Y de tal manera se infiltró este mons-

truo en la sociedad, que todas sus clases sin excepcion de una sola, contribuyó á nutrirlo y á proporcionar su crecimiento, hasta que en el año en que vamos á seguir la narracion de los hechos de nuestra historia, se levantó con fuerza tan formidable, que causó el terrible sacudimiento, que forma la última época de nuestra historia nacional.

He dicho ántes que todas las clases de la sociedad contribuyeron á nutrir al mónstruo de la revolucion; y solo me falta decir de qué modo lo hizo cada una para dejar satisfecha la materia de este capítulo.

Desde que quedó hecha la independenciam en México, fué muy marcada la division que existió entre los que simpatizaron con los movimientos sanguinarios y disolventes de 1810 y los que cooperaron á la formacion del plan de Iguala y su triunfo, que fué el triunfo de la independenciam. Entre los primeros estaban los hombres que habian adoptado los anarquistas sistemas de los filósofos, en cuya envenenada fuente bebió la Europa embriagándose hasta la demencia; y para ellos, todo debia concederse al principio de la libertad, pero una libertad tan insensata y desenfrenada, que el hombre sacudiendo el yugo de la autoridad, no debe tener ningun freno para sus pasiones; caminando así hasta el abismo pavoroso de la anarquía para caer luego bajo el vergonzoso despotismo de la fuerza bruta: supuesto que, cuando las sociedades han relajado los resortes del deber, quedan rotos tambien los derechos; y no habiendo mas obligacion que la de satisfacer los primeros impulsos de las pasiones, tampoco queda en pié otro derecho que el del mas fuerte. Los segundos, que daban y con razon gran importancia al principio de autoridad; no se fijaron en lo que se debe al avance de los tiempos y á las exigencias del corazon humano segun la diversidad de circunstancias, y queriendo restringir demasiado el principio de la libertad, creaban una situa-

cion anómala, en que desnudando á la autoridad de sus atributos principales, solo dejaban en accion el despotismo; y quitándole á la libertad su cualidad esencial de dirigir al espíritu humano á la conquista del bien, solo dejaron en pié su abuso para levantar los huracanes tempestuosos del desenfreno de las pasiones en el individuo y de las conmociones populares en la sociedad.

De esta manera, la nacion quedó hecha independiente sin quedar constituida; y solo quedó planteada la base de una guerra fratricida, que tan hábilmente han sabido agitar, del exterior, la pérfida política de los Estados Unidos del Norte; y en el interior, las tenebrosas maquinaciones de las logias masónicas que tanta sangre y tantas lágrimas han hecho derramar en la sociedad.

Levantada así la hidra de la revolucion en el seno de la sociedad misma y azusada su descarnada mano con la terrible guadaña, solo le faltaba andar para llegar á su destino y para esto le fueron preparados los caminos por las diversas clases de la sociedad.

La clase militar echando en su mochila la fé que debia guardar á los juramentos de obediencia, se creyó autorizada para escribir la ley con la punta de su espada; y la primera revolucion que derrocó al gobierno que fué creado como primer fruto de la independenciam, se le debió á una insubordinacion del general Santa Anna, cuyo funesto ejemplo fué seguido despues con escandalosa prodigalidad, hasta convertirse la profesion militar en un fecundo recurso de medrar á la sombra de los motines.

Los poseedores de los mas grandes capitales del país; fuera porque faltaba la confianza pública en virtud de esa no interrumpida cadena de revoluciones y azonadas militares, ó porque no han comprendido que al poseer esas riquezas no son sino los administradores de ellas para proporcionar por medio del trabajo el susténto necesario á